

NI AQUÍ NI EN NINGÚN OTRO LUGAR

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

ILUSTRADO POR
ALEJANDRA ACOSTA



Patricia Esteban Erlés

**Ni aquí
ni en ningún
otro lugar**

**Ilustrado por
Alejandra Acosta**



Patricia Esteban Erlés, *Ni aquí ni en ningún otro lugar*
Primera edición digital: septiembre de 2021

ISBN epub: 978-84-8393-676-4

Colección Voces / Literatura 314

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Patricia Esteban Erlés, 2021

Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© De las ilustraciones, Alejandra Acosta, 2021

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2021

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.^o izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

LA VIEJA



La vieja solo se sabe un cuento, pero es el mejor de todos. Se relame de gusto mientras pela patatas duras como piedras, pensando que ella es la dueña de esa historia. La vieja da un puntapié al gato negro que se asoma a su cocina, sin dejar de evocar por un instante ese comienzo capaz de apresar cualquier alma. Ella, que apenas recuerda el día en que vive, se sabe un cuento letra a letra, palabra a palabra. Imagina los ojos de sus oyentes mientras remueve la sopa de gachas con el cucharón de madera, se felicita a sí misma porque nunca olvida una coma. Repite para sus adentros el momento en que el llanto de la niña rubia atraviesa el bosque oscuro tras ser abandonada por su propia madre. Paladea complacida ese instante en que la sombra del ogro surge ante ella y se la lleva a su castillo para cebarla bien y darse en solo unos meses un festín con ese bocado tan tierno; meses que al final se convierten en años, porque la niña crece y se hace hermosa de verdad y los ogros, créanme, los ogros también se enamoran, y muy ciegamente, algunas veces. La vieja de los ojos cubiertos de telarañas ve con toda claridad, como si acabara de estrenarlos ahora mismo, que a lo lejos ondea la capa de terciopelo azul del bello príncipe. Sabe que se acerca a lomos del inexcusable corcel blanco para rescatar a la muchacha presa y la vieja, feliz porque se siente la única propietaria de un tesoro, sonríe al esparcir en el suelo del corral el maíz que picotean rítmicamente sus gallinas. Disfruta de una inmensa dicha secreta cuando en la iglesia bisbisea la misma oración que recitan las otras viejas. Puede parecerse a las demás pero ella se sabe un cuento, el mejor de todos. Eso es así, eso la diferencia. Ella y solo ella puede hablar del enorme ojo ensangrentado del monstruo, perplejo, muy abierto, partido en dos por una flecha envenenada. Esa pupila de ciénaga que alcanza a ver, antes de que todo se vuelva oscuro, al borroso galán azulado llevándose lejos a la niña a la que él dejó crecer por puro amor. La vieja que parecía vieja mucho antes de

serlo, se persigna al acabar, sonríe a escondidas al abrir con la llave herrumbrosa su cabaña. Pronto vendrán, como cada tarde, esos seis gatos escuálidos y pelirrojos, la camada completa de hijos de su hija que han sobrevivido a las fiebres y la hambruna, se sentará alrededor del fuego, para refugiarse del frío, de la noche que ensaya afuera su voz de viento helado. Pronto estarán allí mismo, alrededor de su mecedora, rumia la vieja. Ella, que se sabe la mejor historia, el cuento más inolvidable del mundo, sonríe, complacida y mira a los pequeñuelos tomar asiento. Una noche más, la vieja se balancea atrás, adelante, otra vez atrás, cruza sus manos sobre el regazo y calla.

EL PRÍNCIPE

La víspera del funeral de su heredero el rey mandó al mozo de cuadras que matara a Boreal, la yegua del príncipe Orlando.

Nadie pudo entender entonces por qué debía morir ese animal tan dócil que se había librado de sus ataduras y había huido del establo para ir a tumbarse como un perro fiel bajo la alcoba del pequeño, el mismo día en que contrajo las fiebres y ya no pudo salir a dar su paseo matutino. Todo el mundo se había apiadado de la bestia leal que se negaba a abandonar al príncipe enfermo y apenas probaba el heno fresco o el agua limpia que los criados comenzaron a acercarle al rincón donde yacía con la elegancia del unicornio de un viejo cuento infantil.

Costaba comprenderlo porque, además, Boreal había sido el obsequio más preciado, el más difícil de conseguir de todos los que el rey le hizo a su hijo. Entonces lo habían tomado por una muestra de euforia desatada del padre feliz. Pocos sabían que la mañana del nacimiento, mientras la reina aún descansaba en el lecho opulento con el diminuto príncipe entre los brazos, el soberano recibió a los apesadumbrados astrólogos que le hicieron entrega de la carta astral de Orlando sin mediar palabra. Al contemplar sus semblantes abatidos el monarca rehusó que le dieran explicaciones, porque temía que aquellas palabras llegaran a pronunciarse en voz alta, que se hicieran verdad en su presencia. Así que se encerró en sus aposentos para descifrar en privado el pergamo enviado desde el cielo y allí permaneció recluido varios días, descifrando la desgracia que acechaba a un niño apenas recién nacido y cavilando sobre aquello que debía hacer. Solo cuando hubo tomado una decisión abandonó su encierro. Mandó llamar a sus más leales servidores, tres caballeros de la corte a los que tenía en gran estima, y les rogó que le trajeran un

caballo joven de las Tierras Altas. Se decía que aunque esos corceles de blanco pelaje solo podían hallarse en el extremo norte del reino, en lo alto de las más remotas cumbres nevadas a las que resultaba tan difícil llegar, eran muy mansos y se dejaban atrapar por el ser humano sin oponer resistencia. Los antiguos aseguraban en sus fantasiosos bestiarios que vivían cientos de años y podían galopar tan velozmente que a ratos echaban a volar sin darse cuenta y flotaban sobre los caminos, sin que sus cascos pisaran el suelo. El trío de servidores accedió de buen grado a cumplir su deseo. Partieron envueltos en sus capas de piel de oso a lomos de tres caballos negros una mañana, aunque sabían que aquel viaje iba a separarlos de sus damas y tardarían un tiempo en regresar de las montañas, por lo escarpado del terreno y la llegada del invierno inclemente que acechaba. La corte entera aguardó con ansia durante meses el día de su vuelta, dudando a veces de que lograran cumplir con la misión encomendada. Se preguntaban si los verían regresar, pues muchos eran los peligros que los podrían retener para siempre en la montaña helada. Sin embargo, un buen día se los vio aparecer a lo lejos, como a tres jinetes fantasmales envueltos en niebla. Llegaron tan apuestos como siempre, si bien barbados y con una fina capa de escarcha cubriendo aún las crines de los caballos, sus sombreros y ropas. Fueron recibidos con el desmayo de pura felicidad de alguna de las doncellas que los aguardaban, con salvas y alegres vítores del resto del séquito real cuando vieron que los seguía dócilmente una yegua, blanquísimá como todos los de su especie.

Para entonces Orlando ya no era el recién nacido que habían dejado al partir. Con el paso de las semanas se había convertido en un bebé rollizo de bucles dorados y ojos azules, heredero de la legendaria belleza de su madre y del temperamento resuelto de su padre. Cuando los tres caballeros llegaron con la joven yegua frente a los tronos

instalados en el jardín de invierno donde los reyes aguardaban para darles la bienvenida, no pudieron por menos que admirar la gracia natural del pequeño, que los observaba desde el regazo cubierto de arniño de la reina lleno de asombro y curiosidad. El tercero de los caballeros se inclinó frente a él y le tendió las riendas de aquel regalo viviente. Orlando dio un respingo. El niño que debiera haber sido rey abrió todavía más sus enormes ojos celestes y los fijó en la bestia majestuosa. Fue, dicen los que asistieron al prodigioso encuentro, como si alguien hubiera encendido para él la luz más deslumbrante de todas en medio de una estancia completamente sumida en la oscuridad hasta entonces. Y añaden que la yegua parpadeó y acercó, curiosa, su hocico de nieve, correspondiéndole con ese amor repentino que a veces sienten dos seres vivos de diferente especie sin que pueda explicarse de forma razonable qué vieron el uno en el otro. Será que, como afirman los pensadores más sagaces, los ojos tiernos de quien lleva aún poco tiempo en este mundo y los de las criaturas privadas de la razón que nos asiste a los humanos son las únicas que pueden contemplar aquello que tienen frente a ellos entendiéndolo del todo, en un solo instante.

Así fue como la alegre torpeza del diminuto príncipe que hacía sonreír de inmediato a todo aquel que tenía la dicha de mirarlo y la belleza impoluta del animal, al que el rey llamó Boreal porque traía en su lomo la nieve eterna del rincón más lejano del reino, quedaron unidos para siempre en el recuerdo de los miembros de la corte. El rey agradeció a los valerosos servidores su hazaña obsequiándolos con valiosas armas y un condado. Estaba orgulloso y feliz al abrazarlos como un igual, quizás, pensaron todos entonces, porque gracias a ellos había logrado hacerle a su hijo el mejor regalo del mundo.

Desde ese día las damas de palacio cargaban en brazos al pequeño príncipe para pasearlo por los jardines que rodeaban los muros, seguidas de cerca por el paje que

guiaba a Boreal. A todos asombraba la elegancia y la calma con las que caminaba aquel animal del norte, como si en realidad se tratara de una doncella albina transformada en caballo por culpa de un maleficio, que aún recordaba su linaje y el porte gracioso de cuando era una hermosa muchacha de piel muy blanca. Orlando aprendió a montar a los cuatro años y desde entonces el niño y la yegua fueron uno para siempre. Nada le gustaba tanto al pequeño heredero como galopar durante horas, abrazado al cuello de Boreal, dejando que el viento le rozara las mejillas y las crines blancas acariciaran a través del aire sus rizos de ángel.

Por eso, por eso mismo, los miembros de la corte, que amaban mucho a su rey y sabían que siempre había sido bueno y cabal atribuyeron aquel mandato tan cruel a los desvaríos causados por su inmenso dolor. Sí, la razón que guiaba una orden tan incomprendible tenía que ser el horror al vacío que había embargado al monarca al colocar sobre los párpados de su hijo las dos monedas de oro que pagaría el último viaje del barquero que lo llevaría al Otro Lado. A todos les dolía el alma al pensar que las risas y las carreras de Orlando no volverían a escucharse en los corredores de palacio después de una de sus travesuras. La muerte había condenado a los soberanos a un futuro desierto, a una tristeza abismal. Quizás, se dijeron, cegado por la pena, el padre dolorido no podía soportar la idea de que la yegua blanca del príncipe continuara paciendo en los establos cuando su heredero dormía ya bajo la tierra.

Un silencio pesaroso, más profundo aún que el que se había adueñado por completo del reino desde que se supo que el príncipe sufría unas fiebres incurables, se extendió por los pasillos y los jardines al anochecer, cuando alguien pudo ver al palfrenero armado con una lanza caminar a paso lento y con la cabeza baja hacia Boreal. Nadie miró, nadie se asomó a presenciar el espectáculo atroz de su

muerte pero todos imaginaron a la amada yegua del príncipe tumbada en el mismo lugar, mientras los crespones negros que colgaban de la balaustrada de la alcoba de Orlando se agitaban espoleados por un viento furioso. El pobre mozo rezó entre dientes mientras se acercaba, rogando a los dioses que Boreal se incorporara y saliera huyendo a galope tendido, porque entonces nadie, ni siquiera el jinete más veloz, el más hábil en los torneos, podría volver a atraparla. Pero Boreal ni se movió al ver llegar a su cuidador y el hombre que tantas veces había cepillado su espléndida melena de plata siguió rezando para armarse de valor cuando vio que Boreal alzaba la majestuosa testa de estatua y sus pupilas tristemente serenas lo miraban, como concediéndole de antemano el perdón por aquello que iba a hacerle.

Al amanecer del día siguiente, el rey y la reina y un pequeño cortejo de hombres ilustres vestidos de riguroso luto subieron en la barca que trasladaría el cuerpo de Orlando hasta la otra orilla del lago, allí donde se pensaba que estaba situada la tierra de la muerte, el lugar donde los que ya cerraron sus ojos aguardan el día en que el barquero vuelva a reunirlos con los seres amados que todavía pueden mirar el mundo. El monarca prohibió que sonara música de despedida y los nobles que acompañaron en silencio al séquito solo escucharon el golpe seco del remo cada vez que se hundía en el agua gris, alejándose un poco más de ellos. Detrás de la barca de Orlando partió una de mayor tamaño que cargaba con el cadáver de Boreal, envuelto con un manto del mismo terciopelo negro que cubría a su amo. No pudieron ver el desembarco al otro lado, pero sabían que el pequeño bullo del príncipe y el grácil cuerpo de su yegua serían conducidos en una carreta por los criados que esperaban en la orilla hasta un claro de bosque. Allí los dejarían, como venía haciéndose desde siempre, para que las aves carroñeras se alimentaran de ellos y sus almas pudieran alzar el vuelo sin lastre. Las